



Comité Editorial

Marcela Pascu de Burguera.

Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias, Departamento de Química. Laboratorio de Espectroscopía Molecular. Mérida 5101, Venezuela.

pascu@ula.ve

Issa Katime Amasha.

Universidad del País Vasco. Grupo de Nuevos Materiales. Apartado Postal 644, Bilbao, España.

issa.katime@ehu.es

Wilmer Olivares.

Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias, Departamento de Química. Grupo de Química Teórica. Mérida 5101, Venezuela.

wilmer@ula.ve

Jairo Márquez.

Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias, Departamento de Química. Laboratorio de Electroquímica. Mérida 5101, Venezuela.

jamar@ula.ve

Editor Jefe

Cristóbal Lárez Velásquez

Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias, Departamento de Química, Grupo de Polímeros. Mérida 5101, Venezuela

Teléfono:

0058-274-2401381

Fax:

0058-274-2401286

clarez@ula.ve

Universidad de Los Andes, primera institución universitaria del país. ¿Deberíamos alegrarnos o preocuparnos?

Rafael Almeida Mata
Grupo de Química Teórica
Facultad de Ciencias, ULA

Buena parte del éxito de una sociedad moderna, en términos de su facultad para generar bienestar y crecimiento económico entre sus habitantes, dependerá de su capacidad para producir conocimiento. Obviamente, en el contexto en el que hablamos, lo primero que viene a la mente es ese conocimiento que puede ser aplicado a corto y hasta mediano plazo, ese que usualmente queda enmarcado dentro de lo que denominan I-D, investigación y desarrollo en el ámbito industrial. Por su carácter, los resultados con los que éstos están asociados no son generalmente publicados en revistas científicas e involucran cierto grado de confidencialidad. Muchos de ellos son generados en centros relacionados con las industrias y usualmente requieren para su producción de un buen equipaje de conocimientos básicos. En contraste, estos indispensables conocimientos básicos son, o deberían ser, de libre acceso y ya es prácticamente un lugar común decir que “forman parte del patrimonio universal”. A diferencia de la denominada I-D, la producción de los conocimientos básicos se realiza principalmente en las Universidades o en los centros relacionados con ellas. Por supuesto, en este sentido nuestro país no es ninguna excepción. Los autores de estos trabajos, procurando obtener la mayor difusión posible a nivel mundial y a su vez el mayor impacto entre sus pares, han buscado, y por que no decir, buscan publicar sus resultados en revistas consolidadas, de buen prestigio y garantizada distribución a nivel internacional. Salvo contadas excepciones, los científicos de reconocido prestigio, en particular los de nuestros países, poco se han interesado en publicar sus trabajos en revistas de carácter esencialmente nacional, y mucho menos en las regionales o universitarias. En las ocasiones en que esto sucede, los trabajos no son precisamente aquellos que ellos consideran que son los de mejor calidad.

La creación y desarrollo de la “Internet” ha introducido ciertos cambios cualitativos de importancia en lo anteriormente expuesto. En principio, a través de este medio es posible la difusión, a nivel planetario, de resultados científicos. Para facilitar este objetivo, herramientas, algunas de acceso público como el “Google Scholar”, y otras restringidas a través de suscripciones, como el “Essential Science Indicators”, permiten búsquedas entrelazadas de artículos científicos en cualquiera de las áreas del conocimiento. Por otra parte, el grado de difusión adquirido por estos “artículos electrónicos” también puede ser medido a través de sistemas que con este fin existen en la red, la base de datos “Alexa” es un ejemplo de ello. Por supuesto, lo anterior no implica que las prestigiosas revistas hayan dejado de serlo y que su impacto y capacidad de difusión hayan disminuido. Por el contrario, con sus recursos financieros y capacidades técnicas se han adaptado y han sobrevivido maravillosamente a estos nuevos tiempos. Lo trascendente para países como el nuestro y para Instituciones como aquellas donde nosotros realizamos nuestros quehaceres, es que se nos han abierto nuevas puertas y brindado novedosas posibilidades en lo que respecta a la difusión del conocimiento científico en ellas producido. Pareciera que estamos frente a nuevas oportunidades que sensatamente deberíamos aprovechar hasta donde nuestras capacidades nos lo permitan.

Continúa en la página siguiente

La capacidad de las universidades para producir conocimientos científicos ha sido medida a través de organismos que las califican, tomando, entre otros, parámetros como el número de artículos de investigación publicados y del número de citas que ellos reciben, de proyectos científicos o de premios internacionales. No obstante, hasta hace poco los indicadores “web” no habían sido tomados en cuenta para evaluar a las universidades, hecho que no deja de ser sorprendente si nos ubicamos en el contexto dado anteriormente. Es sólo en el 2004 que se publica el llamado “Ranking Mundial de Universidades en la Web” (RMUW), realizado por el Laboratorio de Cibernética del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España. Partiendo de la premisa de que la presencia en la web refleja variables relacionadas con la misión de las universidades (docencia, investigación y transferencia de conocimientos), este ranking evalúa la productividad, visibilidad e impacto de las publicaciones electrónicas de las universidades, con el objetivo de promover la publicación en la web por las universidades y sus instituciones afines. Algunos hechos de interés son reflejados por los resultados recientemente publicados por el RMUW. Comenzando por lo más local, ellos han creado cierto revuelo en la Universidad de Los Andes de Venezuela (ULA), mi universidad de adscripción, ya que ubican a esta universidad en primer lugar entre las de nuestro país. Sin embargo, si superando la euforia inicial, revisamos los resultados en el ámbito latinoamericano, vemos que ellos ubican a la ULA en el puesto 28, no sólo por debajo de los gigantes latinoamericanos como la UNAM de México, las universidades de San Pablo y Campinas en Brasil, la de Buenos Aires en Argentina o la de Chile, si no de otras más bien pequeñas, como las universidades pontificias de Río de Janeiro o de Chile, o de la Universidad de Los Andes de Bogotá. Si bien es cierto que al considerar sólo productividad la ULA sube al puesto 19, estos resultados, tratándose de la universidad mejor ubicada de Venezuela, llaman a la reflexión sobre la productividad científica del subsistema de educación superior de nuestro país. Si armándonos de valor, examinamos los resultados globales encontramos que sólo 2 universidades latinoamericanas se encuentran entre las 100 primeras, 3 entre las 200 (comparadas con 5 de Asia), 9 entre las 500 (con 20 en Asia) y 29 entre las 1000 (ubicándose 82 de ellas en Asia), incidentalmente mencionaremos que la ULA ocupa el puesto 1012, por lo que ninguna Universidad venezolana se encuentra en este grupo. Además vemos que la brecha digital académica entre los países desarrollados y el resto es simplemente gigantesca. En los países de habla inglesa se encuentran el 70 % de las 100 universidades mejores ubicadas (sólo a EE: UU. le corresponde el 53%), si consideramos a Europa y Norteamérica en conjunto esto se eleva al 90%. Si el rango es ampliado a las 1000 primeras universidades los resultados no mejoran demasiado. A los países de habla inglesa le corresponden el 55% de estas instituciones, mientras a Europa y Norteamérica aproximadamente 71%. Claramente estos resultados son preocupantes, ellos nos muestran que si queremos mejorar la calidad de vida de los habitantes de nuestros países, si queremos ser competitivos a nivel mundial en la llamada sociedad del conocimiento es impostergable tomar medidas para mejorar nuestro sistema educativo, en particular el subsistema de educación superior.